



La filología de los pobres, o ¿qué pasa con el latín?

Poquito a poquito, el latín y el griego han ido perdiendo terreno y ya ni en el suyo propio están seguros. El griego empezó, que se hizo optativo con el árabe en los primeros cursos de hispánicas. Le toca el turno al latín y, a lo que parece, sin opción alguna.

Tengo delante, cuando escribo esto, la fotocopia de un plan de estudios que, generosamente, me cedió una alumna. Mejor dicho, de un proyecto de plan de estudios. No aparece en él mención alguna de ambas lenguas. Ni del árabe tampoco, ahora que me fijo. Todavía no he dicho a qué estudios pertenece el plan. Sorpréndanse: a los de filología hispánica.

Ignoro qué razonamientos han llevado a lo que han llevado. Hay que descartar, prácticamente, cualquier rastro de estas lenguas de los estudios filológicos de herencia románica.

La ignorancia, que es lo más atrevido que existe, sugiere razonamientos sobre la pobre suerte del latín en otra parcela que no sea la filología clásica, donde parece que todavía se va a mantener. Menos es nada. Razone-mos, pues.

La desaparición provocará dos hechos, acaso imperceptibles al principio, pero ciertos: el primero, una pérdida de perspectivas; el segundo, el empobrecimiento de todas las disciplinas de carácter histórico. Y no son pocas.

Se perderán perspectivas porque el latín venía siendo el único nexo entre filologías diversas, con diferente suerte en la historia —social e idiomática—, pero de origen común. Los orígenes son más importantes de lo que parece. Si no se atienden, se acabarán parcelando estos estudios en taifas fi-

lológicas sin relación entre sí. Lo normal es que las filologías particulares vayan perdiendo sentido porque la labor de las facultades se superará, con creces, en las escuelas de idiomas. En éstas sí que ha quitado todo lo que supone la ganga filológica. El latín, por supuesto. Es la ganga madre.

A la larga, del derribo general podrán salvarse sólo los estudios que guarden relación con la lingüística sincrónica y, preferentemente, especulativa, abstracta. El resto, será silencio. Detrás del latín hay buen número de disciplinas que podrían englobarse en la denominación de históricas, abarcan la historia de las lenguas románicas en general, que se quedarán cojas sin él. ¿Se puede estudiar la evolución de una parcela de cualesquiera de estas lenguas sin recurrir al latín? Claro que sí; pero ¿cómo? Eso es harina de otro costal. De todas formas, se lo respondo escuetamente: mal.

En historia del español, por poner un caso, se acabará explicando que Huesca se llama así porque allí fundó Sertorio una colonia, quizá de mayoritaria población osca; que los celtas decían **lanza**, o algo por el estilo, donde los romanos decían **pilum**, o algo por el estilo; que Guadalajara es un nombre árabe que quiere decir «río de piedras», o algo así. Todo, como se ve, de suma instrucción. Mas para ese viaje no hacen falta alforjas. ¿Les hacen falta a Sertorio, a los celtas y a los árabes, sesudos profesores que guarden

su memoria? Para contar lo que hay que contar basta un diccionario enciclopédico, y de los pequeños. Un tomo, a ser posible.

Lo que sí darían las asignaturas históricas sería extraordinarios linceos en esos concursos televisivos de culturilla general. Un cónsul romano hasta puede volver «¡un viaje a Palma de Mayorca pa dos personas con tos los gastos pagaos!» No es poco.

La historia de cualquier lengua románica corre serio peligro de trivialización si no se atiende al latín. Será la filología de los pobres. Pobres de ideas, se entiende. Al final, no será nada.

De la utilidad o inutilidad del latín, mejor no hablar. Es discusión estéril. Quien está convencido de su utilidad, lo está; quien no, no. Pero a la inutilidad puede reducirse cualquier parcela del conocimiento que no tenga fin práctico inmediato: ¿es útil la música?, ¿la pintura?, ¿la física que no sirve para otra cosa que para mover barcos o aviones? Unamuno solía zanjar esta discusión secamente. Si le preguntaban para qué servían las lenguas muertas decía que para dar de comer a los vivos. A las horas que corren, ni eso. Se está llevando al latín a ser causa fatal de desnutrición perniciosa. Pero no quiere decir esto que vaya a serlo siempre. La anemia, como la miopía, tienen remedio. Si no para hoy, para mañana.

Hay un refrán algo siniestro que dice que los muertos abren los ojos a

los vivos. Es decir, que son los únicos que les dan consejos. O mejor, que les dan el consejo último y definitivo. Quizá con el latín pase lo mismo. Habrá que matarlo para que nos aconse-

je. Mañana, porque hoy parece que ya no, nos abrirá los ojos.

Juan Ramón Lodares

